

Manuel Peña Muñoz

# Los Cafés Literarios en Chile



**AE**  
ARCHIVO  
DEL  
ESCRITOR

 **RiL**  
editores



## X. CAFÉS Y BARES LITERARIOS EN LA PROVINCIA

La vida artística y literaria de las ciudades de Chile también se ha desarrollado en los cafés, clubes sociales y bares que por lo general tienen algo mágico.

### Cafés en el Norte de Chile

En Arica existen Cafés con sabor altiplánico donde se entrecruzan las culturas del Perú, Bolivia y Chile. Iquique tiene los cafés, clubes de bomberos, restaurantes de colonias extranjeras y bares bohemios de ambiente marino.

Primero fue el Café Horn Store que reunía a los viejos capitanes con olor a alquitrán y a humo de pipa. Luego fue el Bar Liverpool, marinero y trasnochador, para mirar las grúas y los barcos con un cigarro humeante y un vaso a medio llenar. Luego se abrieron otros cafés para albergar a los marineros tristes ansiosos de vida bohemia. Bares para platicar y dejar correr el tiempo antes de embarcarse otra vez...

En Iquique su Casino Español ha albergado a poetas, escritores, dramaturgos y actores en su paso por la ciudad. La decoración morisca de este entrañable lugar sorprende al visitante y lo transporta a un mundo lejano y preciosista. Aquí estuvieron los teatristas españoles Jacinto Benavente y Eduardo Marquina con su compañía de teatro en verso. También la bailarina Tórtola Valencia, la actriz María Guerrero y tantos otros.

Hoy día el Wagon de Iquique es un café literario muy atrayente en su atmósfera y decorado porque recoge la rica tradición de las oficinas salitreras y rinde culto al pasado nortino.

Antofagasta tuvo también sus cafés y bares de bohemia, frecuentados por el poeta Andrés Sabella que siempre estaba allí dibujando con sus lápices de colores.

### Los Cafés Literarios de Valparaíso

Valparaíso, puerto de ambiente cosmopolita, tuvo también sus Cafés literarios. A comienzos del siglo XIX los porteños de sombrero y bastón se reunían en el Café Tivolá del inglés Powell,

situado en la calle Victoria, en tanto que los hombres de negocio con *El Mercurio* bajo el brazo acudían a mediodía al Café Guinaudí en la Plaza de la Justicia.

También iban al Café de la Bolsa, ambientado en estilo británico con sillones de cuero, lámparas de pantallas de pergamino de tonalidades suaves y mesas de lectura donde podían verse diarios de distintos países del mundo.

Benjamín Subercaseaux rememora el ambiente porteño de fines del siglo XIX: “La familia establecía su cuartel general en la Plaza del Orden. De ahí se encaminaban a las tiendas extranjeras: Riedel, la Zapatería Pepay, Burmeister. De todas ellas, Riedel era la tienda favorita de Daniel porque tenía un sistema de carritos aéreos que corrían por un alambre desde las secciones hasta la caja, llevando y trayendo el importe de las compras y el vuelto.

“La Pastelería Pümpin servía de término a estos trajines. Ahí, entre helechos artificiales y mesas de mármol, servían el té y unos helados famosos acompañados de pasteles”.

### El Café Ramis Clar

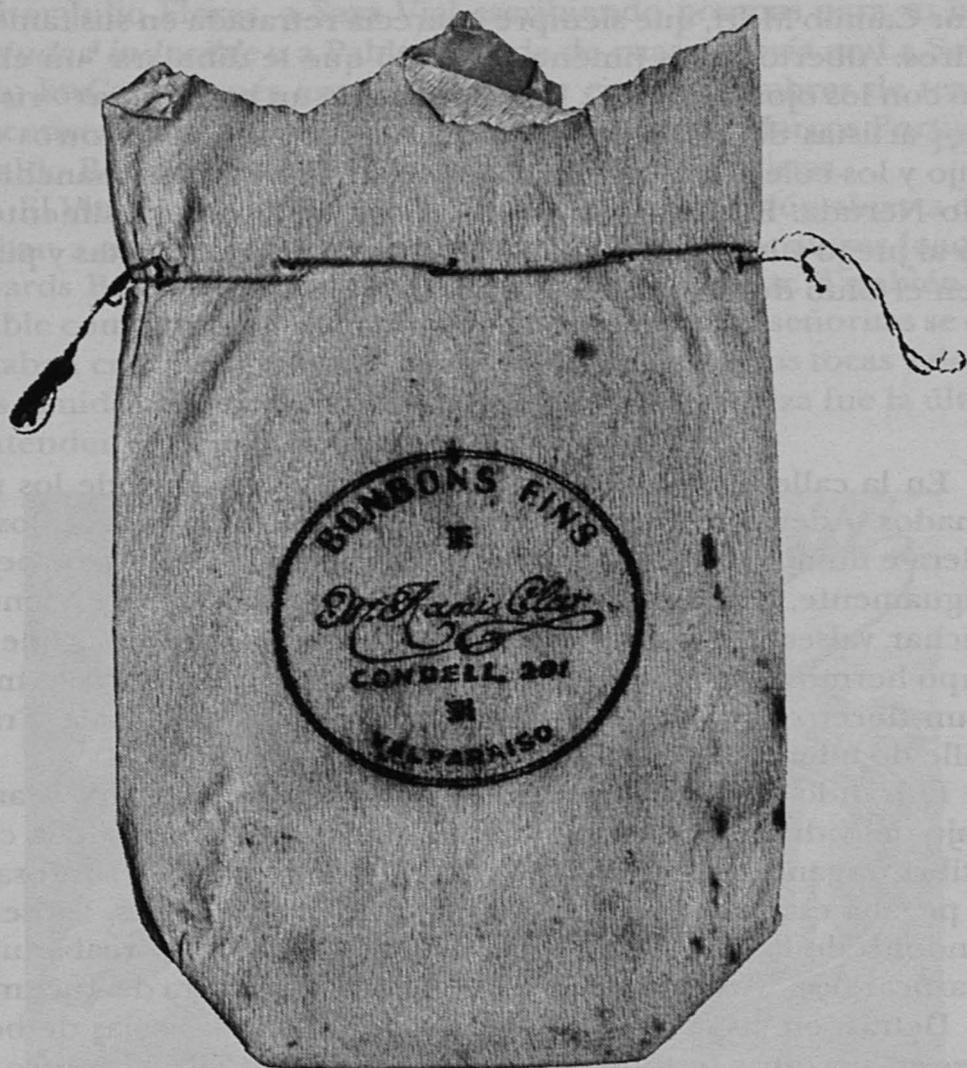
En los años veinte estaba de moda la Pastelería Parisiense Ramis Clar en la calle Condell 1403, famosa por los té-conciertos amenizados diariamente por el Quinteto Vela. Las damas del Cerro Reina Victoria acudían puntuales a sentarse junto a la baranda de madera blanca que cercaba el estrado. Así, mientras bebían el té con limón oían la maravillosa selección de operetas vienesas interpretada por la orquesta.

Era la época cuando las elegantes compraban en La Linda y acudían al Teatro Colón a divertirse con las peripecias de las películas de Perla White, mientras los caballeros se probaban sombreros en la Sombrerería Presciutti, compraban papel para liar cigarrillos marca Elefante o aprendían a bailar el charleston con el profesor Rubén Green.

En Santiago también existía el Café Ramis Clar famoso por sus pasteles y su amplio salón rodeado de espejos. Sus mesas eran de fierro con cubierta de mármol al estilo europeo. Aquí se sentaban las elegantes del centro a tomar el té y a escuchar la orquesta.

Antiguamente la Pastelería Ramis Clar de Valparaíso se llamaba La Gasseau. Eduardo Balmaceda Valdés recuerda el Valparaíso de su niñez: “En la tarde íbamos a tomar los famosos helados de La Gasseau, donde también se expendían esas hostigosas malvas por las que se pirraban los santiaguinos”.

Joaquín Edwards Bello que vivía a pocos pasos, en la Calle del Teatro, evoca también ese maravilloso salón de té del viejo Valparaíso: “La *Gasó* era una pastelería de tipo parisiense, en un Valparaíso próspero, antes del Canal de Panamá y del puerto de San Antonio. Estuvo bien alhajada como la famosa Rumpelmayer de la calle Rívoli, en París. Lámparas con mecheros de gas, lunas venecianas, mesones con bordes dorados, letreros como joyas en cristales relucientes. Mesitas cubiertas de mármol, sillas de estilo, tapices y grandes cuadros con imitaciones de pinturas de paisajistas franceses. Pastelería, heladería y dulcería clásica. *Glacés, patisserie, fondants, tartes, babas au rhum, caramel mou, chocolat, thé, café...*



*Envase original de bombones finos de la Confitería Ramis Clair de Valparaíso. Colección del autor.*

“La firma en bronce, mármoles y cristales fue *Gasseau Quens-  
ted*, después fue *Trenit* y ahora, la penúltima, *Ramis Clar*...

“Lo que ha permanecido igual es la instalación.

“¡Maravilla de arte comercial francés de fines del siglo pasado!

“–Vayan ‘a la Gasó’ –decía mi padre– los domingos.

“El 26 de julio –Santa Ana– llegaba a casa la tan esperada torta monumental de ‘la Gasó’. Castillo azucarado de un metro de altura, con base de pasta de almendras, montado en gajos de naranjas y yemas de huevos confitados hasta la fama del tope con el nombre de mi madre en banderola festiva”.

Entre los asiduos del Ramis Clar estaba el poeta Alberto Rojas Jiménez. Una tarde, se reunió allí con Maruja Vargas, la esposa del pintor Camilo Mori, que siempre aparecía retratada en sus famosos cuadros. Alberto Rojas Jiménez le pidió que le dibujara “un chanchito con los ojos cerrados”. Fue el inicio de un juego característico de los artistas de los años 50. Todos se pedían unos a otros este dibujo y los coleccionaban. Maruja Vargas le pidió un chanchito a Pablo Neruda. Entusiasmado con la idea, el poeta igualmente se unió al juego y lo reeditó más tarde con sus amigos poetas y pintores en el Club de la Bota del Bar Alemán de Valparaíso.

## El Café Vienés

En la calle Esmeralda estaba el Café Vienés, uno de los más refinados. Adentro estaba el amplio salón rodeado de zócalos de madera e iluminado por lámparas que se reflejaban en los espejos. Antiguamente, las damas del cerro Alegre bajaban al Café Vienés a escuchar valsés interpretados por una orquesta en vivo... Fue un tiempo hermoso con camareras que siempre ponían sobre las mesitas, un florero con un clavel y una rama de ilusión polaca. Era el detalle de buen gusto de las confiterías de Valparaíso.

Entrando, podíamos ver los tradicionales berlines humeantes debajo del vidrio del mostrador. Era agradable sentir desde la calle esa tibia fragancia azucarada... Una señorita de mejillas sonrosadas que pegaba estampillas en un álbum en sus ratos libres, los servía sacándolos de la vitrina con unas tenazas y los espolvoreaba luego con azúcar flor. “Azúcar impalpable” decía ella que era de Tucumán.

Detrás, en las estanterías de nogal, estaban las cajas de bombones en sus tapas festoneadas con cintas zig zag. En el centro del negocio estaba “la caja” donde la antigua dueña comentaba siempre con los clientes acerca de libros y obras de teatro. Una tarde de viento de los años sesenta, la señora Adriana Vacarezza estaba allí

hojeando un álbum de partituras de música de las que se usaban en el salón. “Tristeza de amor”, mazurca; “Gavota” de Sudessi; “Tú en mi mente”, Waltz.

A veces, en tardes de temporal, se podía ver al dibujante Lukas, Renzo Pecchenino, que supo retratar con sus pinceles al porteño con entrañable sentido del humor. Rememorando el Café Vienés escribió: “A las doce en punto, el Café Vienés disparaba desde sus cocinas una andanada de berlines perfumados que cubría de dulzura el mediodía de la calle Esmeralda. Cuando Valparaíso era un emporio, era una ciudad de olores. El perfume de los chocolates, de las galletas, cubría manzanas enteras”.

También se veían en la penumbra discreta del Café Vienés, al escritor Julio Flores, a Sara Vial escribiendo poemas para su libro *La ciudad indecible* o a Pablo Neruda de cuando vivía en La Sebastiana. El Café Vienés era un punto de cita de hombres de teatro. Allí conversaron de montajes Pedro de la Barra, Marcos Portnoy y Arnaldo Berríos junto a diversos intelectuales y artistas.

El Vienés era un verdadero lugar de conversación abierta donde iban a tomar el té y a conversar de libros los escritores Joaquín Edwards Bello, Salvador Reyes y Augusto d’Halmar. También era posible comprar allí bizcochos de anís, mientras las señoritas se desplazaban como en puntillas por el salón luciendo sus tocas y delantales almidonados de otra época. La familia Vacarezza fue la última en atender el viejo café hasta su cierre en 1978.



*Publicidad de la tradicional  
Fábrica de Chocolates y Confites Costa de Valparaíso.  
Colección del autor.*

## El Café Riquet

En la Plaza Aníbal Pinto, frente a la fuente del Dios Neptuno y a la tradicional Joyería Klickmann, el señor Guillermo Spratz, que acababa de llegar de Alemania, abrió el Café Riquet el 19 de agosto de 1931, con la experiencia y la tradición de la repostería germánica. Allí sigue existiendo hasta el día de hoy con sus clásicas tortas Selva Negra y Merengue con Lúcumas, representando siempre un verdadero símbolo de europeísmo porteño.

La característica de este café es que a la mesa llevan diversos jarros metálicos con leche, café o té y agua abundante, lo que permite al habitué beber varias tazas con parsimonia, sin que el garzón interrumpa.

Un ambiente refinado y antiguo sobreflota en el viejo salón de té. Hay colecciones de cuadros, óleos, acuarelas y grabados del viejo Valparaíso. Lo más característico son los camareros de blanco impecable que llevan más de cuarenta años atendiendo a los mismos matrimonios de edad, en su mayoría descendientes de antiguos almirantes que un día encallaron en la misteriosa geografía del puerto.

En el silencio habitual, sólo se escuchan las cucharillas diminutas, mientras los mozos sirven el té con coladores de alpaca. Puede decirse que es el clásico sonido del viejo Valparaíso.



*Frontis del Café Riquet de Valparaíso en la Plaza Aníbal Pinto.  
Fotografía de Miguel de Loyola.*

Allí, al tintinear de las tazas, poetas y escritores dejan aflorar los recuerdos de un tiempo perdido, cuando los ingleses acudían a beber el té y a hablar del *birthday* de la reina.

Los nostálgicos conversan de la colonia británica del cerro Alegre, de los *trolleys*, de los ascensores y del paseo Atkinson. También de las casas del Paseo Dimallow un domingo por la mañana, de las mansiones de madera en Playa Ancha y de la fragancia de los pinos al atardecer en el Sanatorio Valparaíso.

Renzo Pecchenino, Lukas, que además de ser un maravilloso dibujante fue también arquitecto, registró un detalle de la arquitectura del Riquet: “En el edificio del Café Riquet todas las puertas tienen unos rieles donde se insertaban tablonces para defenderse de los pavorosos aluviones del invierno. Hasta aquí llegó la avalancha que se produjo al derrumbarse el Tranque de Mena en 1888, arrastrando casas, muebles, animales y más de 80 muertos.

“Sobre el muro, una pequeña ancla de fierro fundido señala el nivel de ese punto con respecto a la alta y baja marea. Una precaución importante para fijar la pendiente de los desagües y evitar que el mar entrara a las casas. Antes, estaban en todas las esquinas. Han sido robadas por los coleccionistas y no deben quedar más de cinco”.

En el Riquet tenía mesa fija el escritor Carlos León, “el hombre de Playa Ancha”, que siempre acudía a la misma hora –las cinco de la tarde– a pedir una taza de té puro con un platillo de galletas. Sentado junto a la caja, observando a los concurrentes, escribió: “En el café impera el medio tono, las conversaciones son tranquilas y uno encontrándose en medio de la gente, puede conservar su intimidad. (...) En los cafés he visto espectáculos extraordinarios: dos muchachas jóvenes y lindas atiborrándose de helados y pasteles, dedicadas exclusivamente a reír. Esas risas de dos muchachas desconocidas y que nunca más volvería a ver, recompusieron el mundo y me llenaron de una rara e inexplicable felicidad”.

Rememorando el ambiente refinado de ese café “casi onírico”, escribió: “Si la hora es propicia y tiene suerte, en la calle más moderna y viva, frente a un café distinto y antiguo, una suave melodía detendrá sus pasos”.

Viejos salones de té con orquesta del Valparaíso antiguo... No pasaron inadvertidos para Carlos León que prosigue en su página lírica: “Se encontrará usted en medio de un lugar vasto, discretamente iluminado, vestido con un mobiliario suave, tranquilizador, sin pretensiones, pero digno. En la parte superior de las paredes, unos avisos confeccionados a la manera moderna de

hace varios lustros, anuncian las excelencias de unos chocolates franceses desaparecidos de nuestro comercio antes de la Primera Guerra. En un extremo del local, se encuentran los responsables de la melodía que detuvo sus pasos. Están interpretándola con helada indiferencia, en forma casi dolida, pues sospechan que usted y sus contemporáneos ya no saben oír. Sin embargo, siguen tocando con discreto resentimiento las canciones que deleitaron otrora a tranquilos comerciantes y familias apacibles y numerosas que bebían el té de aquellos años con exquisitas maneras y aplaudían discretamente al final de cada interpretación”.

Carlos León, el autor de la novela *Todavía*, que se consideraba un “Hombre de Café”, diferenciándose de los “Hombres de Bar”, escribe, siempre en el Riquet desde su puesto de observación junto a un pastel de lúcuma: “Si sirves un café, la taza ha de estar limpia, el alma bien dispuesta, el corazón contento. El agua al justo hervida calmada está en la taza, el humo sube al cielo y el aroma te coge. Si miras con fijeza, el humo sabe a niebla, la calma es engañosa, las aguas son océano. Y tú eres marinero de viajes tan antiguos”.

En otro tono, el poeta Pablo de Rokha rememora también los “cafés del querer antepasado” y evoca “El Riquet, tan francés y tan cortés de *politesse...*”.

Muchos escritores pasaron por el Riquet. Sara Vial estuvo allí muchísimas veces tomando café con periodistas y poetas. También bebieron el clásico té con torta Selva Negra, Pablo Neruda, Salvador Reyes, Augusto d’Halmar, Benjamín Subercaseaux, Camilo Mori, Ennio Moltedo, Patricia Tejada, el pintor Álvaro Donoso, el crítico de cine Sergio Salinas y desde luego, los escritores de Santiago que ocasionalmente visitaban la ciudad.

En este lugar leyeron recientemente sus versos los poetas Ernesto Cardenal y Raúl Zurita, en un encuentro internacional de poesía, desarrollado en diversas localidades del país, el año 2001.

Aún hoy día el Café Riquet es frecuentado por algunos escritores nostálgicos del viejo Valparaíso que acuden allí a reinventar el puerto, entre ellos, Juan Cameron, Marcelo Novoa, Eduardo Correa y Víctor Rojas.

Hoy, revisitamos el Café Riquet en junio del año 2000, a setenta años de su inauguración. El Café permanece igual, como si el tiempo se hubiese detenido, con el mismo mobiliario y los mismos mostradores de cristal repletos de pasteles. Sin embargo, la moda es otra y los cambios de los tiempos imponen su nuevo estilo. Ya no están los dueños originales. El té ya no es de hoja, sino en bolsitas... Han cambiado los mozos por otros más jóvenes. Y la

vieja orquesta de vals vieneses ha sido reemplazada por un televisor que retransmite un partido de fútbol a la hora del té.

Hoy, el Café Riquet es también restaurant para ejecutivos y Café Internet. Los nuevos dueños redujeron el elegante mostrador con un criterio más comercial que estético, ampliando el número de mesas, y abrieron surcursales en la Plaza Victoria y en el edificio Veracruz de Viña del Mar de acuerdo a los nuevos tiempos.

### *Cafés del querer antepasado*

Salones de té ha habido siempre en Valparaíso: el Ideal Room en la Plaza Victoria o el Hesperia con su parpadeante letrero de color violeta en la calle Victoria esquina de avenida Francia. Este salón de té, fundado en los años cuarenta por una familia italiana, mantiene inalterable hasta el día de hoy una inconfundible fragancia típicamente porteña muy difícil de definir...

Su interior y decorado permanecen intactos, con sillones de cuero rojo y una larga barra para tomar el café sentados en altos taburetes al uso de antaño. Aquí se daban cita los hombres de radio, los poetas y periodistas a la salida de las funciones teatrales, para fumar hasta tarde y conversar un café.

Otro Café emblemático del viejo puerto fue el Imperio en la calle Pedro Montt con Almirante Barroso, enfrente del Parque O'Higgins y junto al legendario Hospital Deformes. Aquí también solían venir los poetas, pintores, escritores y periodistas de cine y del espectáculo. El Café Imperio se transformó en una tanguería y finalmente desapareció con las llamas de un incendio, en un clásico espectáculo de Valparaíso.

Enfrente al monumento de la Loba Capitolina en el Parque Italia –que en otro tiempo se llamaba Jardín Abadie– se cerró hace tiempo el Café Munich que tenía un curioso papel mural estampado. En las pequeñas vitrinas se exhibían novios de azúcar y cálices para decorar tortas de Primera Comunión.

Se desaparecen los salones de té en Valparaíso. En el puerto, se cerró la Confitería Marconi con sus mesitas de mármol y pasteles de cremas de colores con trocitos de jalea de adorno. También en El Almendral desapareció el Salón de Té La Condesa con sus pisos embaldosados semejando un tablero de ajedrez y con sus damas españolas que comentaban la función de zarzuela que acababan de ver en el Teatro Avenida.

Otro que desapareció fue el Café Checo “en un rincón del Almendral” que se transformó después en una conocida *Boite* donde actuaron la Tongolele, Manon Duncan, Eugenia de Montijo y el Blue Ballet.

También junto al Teatro Velarde existía el salón de té Bvestrello, famoso por sus mantecados, palmeras y merengues. En el Bvestrello, el poeta Ennio Moltedo acudía siempre a tomar un café junto a amigos poetas.

En uno de los salones era posible encontrar escritores que iban a buscar objetos antiguos a la Feria del Parque O’Higgins, bebiendo un café en un rincón donde había una colección de fotos históricas del puerto. Este tradicional Café cerró sus puertas en el cambio de siglo.

## Nuevos Cafés del viejo Valparaíso

En la actualidad hay dos cafés entrañables en los cerros de Valparaíso. Uno de ellos es el Turri situado en el Paseo Gervasoni del cerro de la Concepción, con una vista espectacular sobre la bahía. Este Café está situado en una histórica casa que evoca la presencia de las familias extranjeras en este mágico entorno. El otro es La Colombina situado en la subida Apolo del Cerro Alegre.

La idea de instalar un Café en este cerro la tuvo la doctora Carmen Luz González quien decidió rescatar una antigua casona para transformarla en íntimo salón de té victoriano y restaurant con vista al mar. Esta casa ya era famosa porque el dibujante Lukas la había registrado con sus plumillas y pinceles en sus *Apuntes porteños* de 1971, mostrándola como representativa de mansión con grandes habitaciones donde siempre había muchos cuadros, aspidistras y un piano.

Pintada de un misterioso color rosa viejo –que acentúa su aire nostálgico– la mansión con sus verjas y balcones fue famosa porque en otro tiempo ostentaba en una de sus terrazas embaldosadas una curiosa colección de helechos en *chuicos* de vidrio. Hoy, ha sido restaurada con gusto y aprecio por la historia de Valparaíso, a tal punto que muchos de sus elementos decorativos proceden de viejos almacenes porteños que han desaparecido, como una preciosa cajonera de la tradicional Farmacia Victoria con todas sus inscripciones en latín.



*Café Brighton del Paseo Atkinson  
en una señorial casona victoriana del Cerro Alegre.  
Aquí bebieron un café el poeta Jaime Quezada con Doris Dana,  
secretaria de Gabriela Mistral, que estuvo de paso recientemente  
en Chile, de incógnito, viajando en un crucero.  
Fotografía de Miguel de Loyola.*

Otro Café de los últimos años es La Ciocolatta de la calle Esmeralda, con hermosos gobelinos (todos iguales) y lámparas de pantallitas de pergamino. La dulcería es de alta calidad: buenos pasteles y tortas de merengue con lúcuma, Selva Negra y “Siete Sabores”. Valparaíso recupera con este lugar la tradición de los Cafés con estilo.

Cafés de Valparaíso alrededor de la plazuela Ecuador... El “Valparaíso Eterno”, con su ambiente universitario y bohemio...

Y por último el Brighton del Cerro de la Concepción, en pleno Paseo Atkinson, asomado a la Plaza Aníbal Pinto. Aquí leyó poesía el poeta peruano Antonio Cisneros, en tanto que el poeta Jaime Quezada atendió recientemente aquí con un café a la secretaria de Gabriela Mistral, Doris Dana, en su paso anónimo por Chile a bordo de un trasatlántico.

### Cafés de Viña del Mar

En la Ciudad Jardín –como llamó a Viña del Mar don Benjamín Vicuña Mackenna– existió el Chalet Suisse fundado en los años 40 por el matrimonio Jeannerel que provenía de la Suiza francesa. Este Café de atmósfera europea con su terraza-jardín fue famoso por sus copas de helado con galletas obleas y sus grandes jaulas de pájaros. Aquí se celebraban las despedidas de soltera y muchas veces acudían por la noche a degustar la buena cocina internacional, intelectuales y artistas, entre ellos Mario Naudon, profesor de francés vinculado al teatro y a la cultura francesa.





*Ambiente de la terraza-jardín del Chalet Suisse de Viña del Mar a comienzos de la década del 50.*

Otro elegante fue el Café Mirabel que hacia fines de los años ochenta cerró sus puertas. Una pena, pues tenía magia cautivante su cortina de visillo y el ambiente interior de semipenumbra, con tortas de milhojas delante de un fresco con motivos pastoriles. Sin embargo últimamente reabrió en la calle 4 Norte de Viña del Mar, con la clásica pastelería de siempre.

De todos, el que más se recuerda es La Virreina en la calle Valparaíso, elegantísimo punto de reunión de la sociedad viñamarina a la salida de misa de la Parroquia, muy recordado por la escritora María Luisa Bombal.

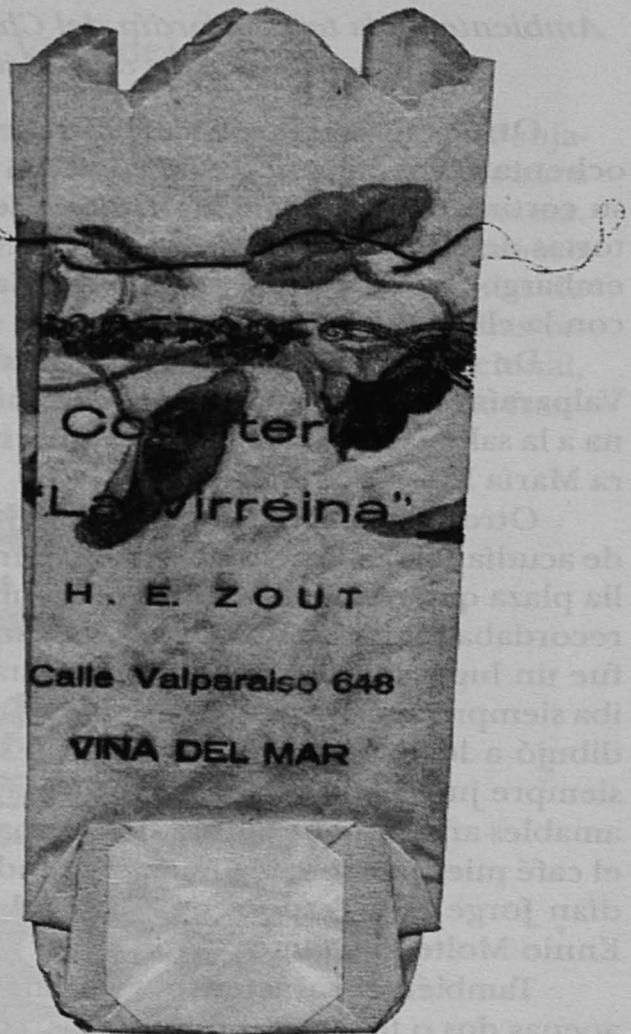
Otro emblemático de la Ciudad Jardín fue el Café Viana adonde acudía Renzo Pecchenino, Lukas, frente a la Plaza de Viña, aquella plaza que tenía un estanque con un cisne negro, como también recordaba María Luisa Bombal. Este mítico café, hoy desaparecido, fue un lugar de reunión de periodistas del diario *La Unión*. Aquí iba siempre el dibujante de ese diario que fue Isidro Arteaga, quien dibujó a los contertulios del Café. Este dibujo enmarcado estaba siempre junto a la caja o en la vitrina, como recuerdo de aquellos amables años en que existía tiempo para conversar tranquilamente el café mientras se imaginaba el mundo en el futuro. También acudían Jorge Luer, esposo de Sara Vial, Julio y Tito Massú, el poeta Ennio Moltedo y tantos otros...

También es característico el Café del Cine Arte, pequeño, de apenas dos o tres mesas minúsculas, con una gran fotografía de Ca-

therine Deneuve, frente a la boletería del cine, pero infaltable lugar de citas de poetas, aficionados al buen cine e intelectuales, que acuden allí durante décadas a beber un buen café y a hablar de libros. Aquí solían reunirse Juan Luis Martínez, Eduardo Parra, cantante de Los Jaivas, Juan Cameron y Gregorio Paredes.

En la actualidad, pervive el tradicional Samoiedo donde acudía el poeta Juan Luis Martínez que tenía su casa frente al mar en Con Con. Juan Cameron hablaba allí también de poesía y no por azar tituló su propia serie de publicaciones como Ediciones del Café.

Otro Café en el estilo de los viejos tiempos es el Alster en la calle Valparaíso, con pisos de madera noble, suave penumbra y buen servicio en estilo alemán. Aunque no se trata de un café literario propiamente tal, suelen concurrir escritores y profesores universitarios a conversar un café en voz baja en una atmósfera placentera y tranquila.



*Cambucho original  
de naranjitas confitadas  
de la Confitería La Virreina  
de Viña del Mar,  
ideal para llevar a una  
función de Vermouth  
al Teatro Municipal.  
Colección del autor.*



*La bota de loza del Club de la Bota fundado por Pablo Neruda y sus poetas amigos, en el Bar Restaurante Alemán de Valparaíso actualmente en poder de la escritora Sara Vial.*

*Esta bota de siete leguas viajó a Argentina y se exhibió en la magnífica exposición sobre Pablo Neruda que se llevó a efecto recientemente en el Palais de Glace de Buenos Aires.*



*“La noche de los bigotes de papel”, en el Club de la Bota, con la bota en el centro y los respectivos jarros. Aquí están, entre otros poetas, Pablo Neruda (el segundo, de izquierda a derecha) y Sara Vial (la tercera de derecha a izquierda), todos jugando con las servilletas del Bar Alemán del puerto.  
Gentileza: Archivo de Sara Vial.*

## Los viejos bares marineros del puerto

Desde luego que la bohemia porteña ha preferido los restaurantes y bares a los cafés literarios. El Bar Samoa, de la familia Sarrochi en la calle Las Heras, la Puerta del Sol, el Bar Inglés, el Restaurant Hamburgo y la Pensión La Rosa fueron lugares visitados por poetas y escritores.

Pablo Neruda los frecuentó y escribió en ellos poemas en servilletas de papel, especialmente en el ambiente del Club de la Bota fundado en el Club Alemán en 1961. La escritora Sara Vial conserva fotografías y dibujos de este Club de poesía y arte, entre ellos un dibujo-collage del Acta del Bar Alemán. Hay caballos con alas, gaviotas, una luna lejana y una estrella de la que pende un letrero que dice: “bebe, bebe”... seguramente de la bota de loza alemana con siete copitas colgantes que conserva aún Sara Vial en su casa de Viña del Mar.

Sara Vial recuerda: “Constituimos la más solemne y pintoresca procesión que haya entrado una tarde lluviosa del 3 de junio de 1961 al Bar y Restaurant Alemán, ex Shoenner Bar... Hasta los cachos que sonaban en las mesas suspendieron su algarabía”.

## El Bar Roland

El bar mítico del barrio chino del puerto fue el Roland que hace poco se incendió llevándose su leyenda de marineros y bohemios. Salvador Reyes ambientó aquí varias escenas de sus novelas *Valparaíso, puerto de nostalgia* y *Mónica Sanders*.

El Roland fue un espacio para la conversación y el intercambio social entre navegantes solitarios y poetas. Aquí acudían también Joaquín Edwards Bello, Manuel Rojas, Jacobo Danke, Salvador Reyes, el poeta Juan Guzmán Cruchaga, el cineasta holandés Joris Ivens y Augusto d'Halmar, entre muchos otros, en un tiempo en que los tripulantes tenían tiempo para bajar de los barcos y permanecer en los bares del barrio chino.

Muchos artistas frecuentaron este emblemático bar, entre ellos Pablo Neruda, Matilde Urrutia, el pintor Camilo Mori, el grabador Hermosillas, el dibujante Lukas, Homero Arce y numerosos poetas porteños.

Con posterioridad, en la década del sesenta se reunían aquí los poetas e intelectuales de izquierda, entre ellos Nelson Osorio e Iván Droguett, junto a los profesores y alumnos de literatura de la Universidad Católica de Valparaíso.



*Ambiente marineroy del célebre Bar Roland de Valparaíso, frecuentado por escritores de la vieja bohemia, entre ellos, Augusto d'Halmar, Salvador Reyes y Pablo Neruda.*

## Restaurantes y cafetines del puerto

Pablo de Rokha describe estos lugares bohemios en *Epopeya de las comidas y bebidas de Chile* y come deleitosamente en ellos la jaiba mora, el piure, las empanadas de machas, la corvina y el jurel. Le gustaba ir al “Restaurant de El Pajarito en donde se comen, hogaño, los ricos hocicos de ternera, bien picantes y licoreados”. Decía que “los parroquianos parece que vienen saliendo de un entremés de Miguel de Cervantes”. Pablo de Rokha tomó “el caldo de cabeza del Mercado del Cardonal” y se reunió con poetas de buen apetito en el Restaurant El Parrón y en “la taberna de Pedro el Cazador” comiendo choros asados o crudos chorreados con “limones irreparables”.

Otro espacio mítico de poetas y escritores del puerto es el Bar Cinzano de la Plaza Aníbal Pinto donde hasta el día de hoy canta boleros Carmen Corena, “la Voz de Oro de Latinoamérica”.



*En el balcón de Cinzano, el poeta Gonzalo Rojas leyó sus versos en el marco del encuentro “Chile Poesía”, finalizado en el puerto, el domingo 25 de marzo de 2001, en horas de la noche.*

*Fotografía de Miguel de Loyola.*

Un Café de bohemios impenitentes y poetas trasnochadores es el "J. Cruz", un curioso café al final de un pasaje donde por las noches hay un cálido ambiente de camaradería literaria al amparo de un plato de Chorrillana, característico de este lugar, admirando una colección de objetos rescatados de las viejas casas de Valparaíso.

En la actualidad, los espacios literarios se desplazan, se cierran, se abren o se reabren en otros sitios. Si bien es cierto en los años ochenta la vieja bohemia de escritores no tuvo puntos de encuentro, en los noventa, surgen nuevos barrios como el Bellavista donde se inauguran nuevos lugares para la conversación, siendo el Bar Emil Dubois uno de los preferidos por los noctámbulos y poetas.

También se destaca el Bar *El Canario*, situado en la Subida de la Plaza Aníbal Pinto, al cual suelen acudir el novelista Pablo Azócar, el escritor y periodista argentino Enrique Syms, así como la novelista argentina Vera Land. Ocasionales noctámbulos de *El Canario* son los escritores porteños Marcelo Novoa y Víctor Rojas, junto al poeta José María Memet y el novelista Jorge Edwards.

### Cafés Literarios del Sur

El sur lluvioso ha tenido también sus lugares de reunión, especialmente en Concepción, Temuco y Valdivia, donde el clima húmedo y las perpetuas neblinas, favorecen la intimidad de un café en donde conversar de libros al amparo del fuego de una salamandra fragante a leña de ulmo...

Los poetas se reúnen con sus ropas húmedas en las casas de los amigos donde no falta un plato de sopaipillas gigantes aromadas con cáscara de naranja y nadando en bronceada chancaca.

Es la hora de los amigos en la provincia, cuando a la luz de una vieja lámpara, los poetas se leen versos y organizan revistas literarias para darse a conocer.

### Cafés Literarios de Concepción

De las tertulias familiares al interior de las casas, los penquisitas se desplazan a sitios públicos a partir de los años veinte y frecuentan principalmente el Café Piera, en los portales, frente a los tilos de la plaza o la clásica pastelería de *Mme. Sauré*.

En la esquina del Portal con Aníbal Pinto estuvo la Pastelería Salom cuyo salón de té ubicado en un altílo íntimo y acogedor fue testigo de numerosas reuniones de hombres de teatro y radio.

Otros Cafés característicos en Concepción han sido el Astoria, el Pujol, el Sauré y el Roggendorf.

## El Café Palet de Concepción

El café más característico de Concepción ha sido el elegantísimo Tea Room Palet en la calle Barros Arana, con mesas de mármol, grandes espejos biselados y al fondo, un pequeño escenario con gruesas cortinas de terciopelo rojo.

El interior del Palet era suntuoso con altas estanterías de caoba que exhibían cajas de bombones y confites. Había un amplio mostrador de madera con cubierta de cristal para exhibir las pastillas y los frascos de caramelos. En la ventana se veía un cartel que representaba a una sofisticada dama de sombrero bebiendo una taza humeante bajo la leyenda: "Tea Room de Palet: Distinción-Elegancia".

Era tradicional en Concepción la compra de pasteles en el Palet a medio día para la hora del té o para el postre del almuerzo dominical. Las damas de Concepción con sus familias acudían, por lo general después de misa, a comprar las características bandejas de pasteles surtidos que se protegían con cintas de cartón y luego se envolvían con grandes pliegos de papel de seda.

Los niños pululaban nerviosos alrededor de la madre que avanzaba por la plaza portando el immaculado paquete con las clásicas palmeras, palos de Jacob, merengues y milhojas de crema Chantilly o pastelera.

En la noche, en el escenario del Palet, una dama de hermosa voz y ojos almendrados canta una tarde al piano la canción de los bosques del sur *El copihue rojo* con música de Juan Sepúlveda y letra del poeta penquista Ignacio Verdugo Cavada.

Esta canción dará la vuelta al mundo en la voz de cantantes internacionales e inspirará a Ignacio Verdugo a escribir posteriormente *El copihue blanco* y *El copihue rosado* que popularizó en Chile y en escenarios europeos la cantante mapuche Rayén Quital, quien cantó precisamente *El copihue rojo* en Alemania ante Hitler.

En este escenario actuaron cupletistas, cantantes de moda, magos, fonomímicos o prestidigitadores que amenizaban siempre

las reuniones frecuentadas por poetas, universitarios, políticos, escritores como Daniel Belmar, Luis Durand, Dolores Pincheira y periodistas de los diarios *El Sur* y *La Patria*.

Entre los viejos contertulios del Palet, merecen figurar Amable Larraguibel, el Pequén Benavente, Tramón Sepúlveda, el Titi Muñoz, Pancho Wilson, Exequiel de la Barra, Pepe Puig y tantos más.

Al Café Palet se solía ir después de las funciones de cine o de teatro a comentar el desempeño de los actores, la dirección teatral y los decorados.

Saboreando una taza de buen café de Brasil, los parroquianos del Palet hablaban hasta tarde y bebían también una copa, fumando y hablando de libros. Aquí llegaban también los actores Alejandro Flores y Rafael Frontaura en giras teatrales por la zona. También las actrices Venturita López y María Llopart que eran conocidas a través de la radio.

Las conversaciones giraban en torno a libros y teatro. Se hablaba de Romain Rolland, de Anatole France, de Dostoiewsky, de Ortega y Gasset, de Gabriela Mistral, de Pablo Neruda, y de tantos otros. Luego, ciñendo esos clásicos impermeables ingleses, auténticos, marca Burberrys, que estaban tan de moda, los poetas penquistas se alejaban del Palet, con los paraguas abiertos bajo la lluvia.



*Viejos contertulios de la provincia sureña  
departiendo en torno a unas botellas de vino, hacia 1920.*

## Restaurantes literarios de Concepción

Fueron famosos también en Concepción los Restaurantes Bivort, Frugone, Nuria y El Quijote, todos ellos con *dinner dansant* al compás de los aires de moda: *shimmy, one step, charleston* y los melancólicos tangos de la vieja guardia: *Milonguita, Es un golfo, La cumparsita* y tantos otros... También los hoteles de Concepción tenían orquesta y servían para las reuniones de la sociedad penquista. El Hotel Cecil de la calle Prat, el Wachter, el Hotel de France, el Ritz y el Mécidis fueron los más famosos.

Aunque los escritores noctámbulos y bohemios preferían los restaurantes de comida criolla como Los Copihues y de amanecida, las cocinerías del Mercado y las numerosas Casas de Cena.

El Castillo fue uno de los más frecuentados por la bohemia. Poseía “reservados”, bar y cantina. Asiduos al lugar fueron el escritor Daniel Belmar, el grabador y pintor Rafael Ampuero y los poetas Benjamín Silva y Alejandro Chawy Bork.

Este bar de poetas noctámbulos que funcionaba en la calle Orompello, se caracterizaba por una gigantesca damajuana de vino de unos 150 litros que estaba detrás del mostrador.

El viejo Bar y Restaurant Zehnder de la calle Barros Arana, en los bajos del Hotel Ritz, albergó también a poetas, profesores universitarios y periodistas trasnochadores al compás de las canciones de los contertulios Manolo Sanhueza, Alberto Moena y Reinaldo Passalacqua que cantaba en italiano viejas romanzas napolitanas.

Otros recitaban poemas en tanto que Luis Corrotea tocaba el violín en tertulias de amanecida. Se comía bien, principalmente comida criolla y alemana: buen pernil y repollo morado.

Otro restaurant de tradición literaria fue el Casino Pérez, en Maipú, entre Tucapel y Orompello. Era un inmenso bodegón con mesas de billar, canchas de palitroque y dados. Sentados en rústicas mesas, los parroquianos comían el clásico ajíaco o la cazuela de ave preparada con auténtica gallina de campo, mientras se oía caer la lluvia implacable sobre la claraboya del pequeño comedor.

El público estaba formado por periodistas bohemios de la noche penquista, poetas, estudiantes y artistas. Todos debatían temas pintorescos mientras Manolo Sanhueza animaba la noche cantando el *Ay ay ay* de Osmán Pérez Freire y Armando Muñoz Larenas –a quien llamaban “El Titi” y también “El Emperador de la Noche”– reía y departía con sus contertulios del Casino.

Alfonso Alcalde, que era de Tomé, frecuentaba las cocinerías de Coronel, Lota y Dichato a donde iban a almorzar los mariscadores y pescadores. Fue un gran estudioso de las costumbres y del

folclore alimentario de esta zona del país, junto con Oreste Plath, llegando a publicar un libro mítico sobre el tema en la Editorial Quimantú en 1972, titulado *Comidas y Bebidas de Chile*, en el que describe las comidas y bebidas de los hombres de la costa penquista y nombra las famosas “picadas” de Chillán, Concepción, Lirquén, Penco, Lota, Coronel y Tomé, entre muchas otras. Alfonso Alcalde degustó con sus amigos poetas el estofado de róbalo en la “picada” de Doña Pachi, en Puchoco, y bebió vinos pipeños en El Huaso Arredondo, de Coronel

En la actualidad, el Barrio Estación ha recobrado la antigua vida bohemia y se han abierto cafés y bares literarios, especialmente frecuentados por público universitario. Uno de los cafés más destacados en la actualidad es el Cariño Malo situado en la calle Barros Arana con diversas presentaciones de libros y encuentros poéticos.

## El Café del Hotel Continental de Temuco

Una de las experiencias más emocionantes en la vida de un buscador de lugares históricos y literarios es el haber pernoctado una noche siquiera en el Hotel Continental de Temuco.

Considerado el más antiguo de Sudamérica, el Hotel Continental data de 1890 y por él han pasado numerosos estadistas, como Pedro Aguirre Cerda, escritores y poetas, entre ellos Pablo Neruda que tiene una placa recordatoria en la habitación que él ocupaba cuando iba a visitar su ciudad natal.

Aquí estuvo también alojada Gabriela Mistral en sus numerosas visitas a Temuco, incluso vivió un tiempo muy cerca del hotel. También la escritora Delia Domínguez guarda entrañables recuerdos de este vetusto hotel con prestigio literario y atmósfera de tiempos idos.

No hay escritor de visita en Temuco que no haya pasado en algún momento a este Hotel a admirar sus bien conservados comedores y sus amplios salones donde se han reunido a lo largo de más un siglo centenares de poetas, entre ellos Hugo Alister, incansable promotor de la poesía regional de Temuco.

En su lluviosa ciudad, el poeta conversa alrededor de una taza de café, hablando con entusiasmo de los escritores de la Araucanía: de Juvencio Valle, de Carlos Godoy Silva, de Altenor Guerrero. Enamorado de su región, describe con todo detalle la Cantera de Metrenco de donde extraían las piedras que se ponían entre los durmientes del ferrocarril, en tiempos del presidente José Manuel Balmaceda.

Luego conversa de los autores sureños, de Luis Vulliamy y de Jorge Teillier que siempre iba a su Lautaro natal a inspirarse para escribir sus versos de la infancia recuperada...

Los poetas de la Frontera amaron el viejo hotel, íntegramente fabricado en preciosas maderas nativas. Sus habitaciones conservan intacto el mobiliario de otros tiempos, las mismas lámparas y vetustos roperos de media luna.

Enrique Lafourcade ha admirado en sus crónicas el viejo Hotel Continental, alabando la buena comida de sus comedores y los excelentes vinos. También la inolvidable actriz Malú Gatica admiró su señorío, apreciando la atmósfera de tiempo pasado que pervive en cada detalle.

## El Café Cantina del Hotel Terras

Uno de los hoteles más antiguos de Temuco fue el Hotel Terras, lamentablemente desaparecido. Su cantina era punto de reunión de escritores, estudiantes, profesores y poetas, especialmente en los años cincuenta y sesenta.

Cuando Jorge Teillier venía de su ciudad natal, Lautaro, a Temuco, siempre solía acudir a la cantina y café del Hotel Terras a reunirse con los poetas de la Frontera. En las mesas contiguas se jugaba cacho y había siempre un buen espíritu de convivencia y camaradería.

Otro lugar temuquense de reunión literaria en Temuco era el Bar de la Protección Mutua de la calle Bulnes, más conocido como "La Prote". Especialmente en los años sesenta y setenta, los poetas y profesores universitarios acudían siempre allí a conversar de libros y política, junto a un café, una cerveza o una botella de vino.

## La Confitería Central de Temuco

En pleno centro de la ciudad está la prestigiosa Confitería y Café Central de Temuco. De amplio espacio, con diversos rincones aptos para la conversación e iluminación indirecta, el Café Central presenta un cálido ambiente que favorece la comunicación. Hay vitrinas donde se exhiben chocolates, bombones y mu-

ñecos de peluche. El servicio es excelente y la música, discreta. Es uno de los pocos lugares en el país en donde los garzones no apuran al cliente y es posible inclusive escribir una carta en una de las mesitas, junto a un buen café, sin ser interrumpido.

Todas las mañanas y a media tarde, llega siempre un público joven a reunirse para estar largo tiempo dejando correr las horas muertas junto a una taza de capuchino y un cigarrillo humeante. Periodistas, poetas, narradores y teatristas han acudido con frecuencia al Café Central, fraguándose revistas de poesía y produciéndose siempre el necesario intercambio de libros y experiencias literarias en un espacio común.

## El Centro Árabe de Lautaro

Lautaro, zona de poetas, tuvo también su lugar de reunión de escritores e intelectuales. El Centro Árabe albergó a poetas como Samuel Donoso, Jorge Teillier, Oscar Weinbergmer y tantos otros. Allí estuvo Luis Vulliamy que escribió:

*Aquel molino fue cayendo tabla a tabla  
enamorado tardío del otoño...*

En general, el poeta de estas latitudes ha preferido ir a refugiarse al Club Radical que existe en todas las ciudades y pueblos del sur. Los radicales implantaron este estilo de vida social y profesional alrededor de un buen plato. Y sus reuniones políticas fueron siempre en alguno de estos clubes donde la comida suele ser excelente, barata y sin refinamientos sociales.

Alrededor de una mesa de mantel blanco, se han sucedido los platos de carne mechada y plateada, la merluza con caldo de cabeza, el cochachuyo con porotos, la cochinilla al horno, el arrollado de cerdo, el guiso de piures, el valdiviano con camarones, el picadillo de ulte, la cazuela de pava con chuchoca y las longanizas sureñas con papas cocidas, regado todo con los buenos vinos del sur.

Estas mesas abundantes y familiares de los clubes radicales de San Fernando, Temuco, Nueva Imperial, Angol, Tomé y ciudades vecinas, han congregado siempre a los poetas, profesores de castellano y escritores deseosos de compartir hasta tarde, divagando en torno de la poesía, la literatura y el buen vino pipeño.

## Los Cafés australes de Valdivia

Valdivia ha tenido también sus restaurants, “picadas” y cafés para refugio de universitarios, en donde solía verse al poeta Jorge Teillier que, en una época post moderna, reivindicó los bares de Temuco y Lautaro como espacios mágicos de convivencia y últimos resabios de humanidad.

La mayoría de los cafés valdivianos sigue la línea impuesta por la moda germana que da la pauta cultural de la zona, entre ellos hay que citar el Café Haussmann y el Restaurant La Bomba, lugares de reunión de escritores, periodistas y universitarios.



*Posavasos del Café Haussmann de Valdivia  
para apoyar el jarro de cerveza sureña.*

Aquí en Valdivia existía también un famoso restaurant que era refugio de los poetas sureños. Se llamaba La Protectora y quedaba detrás de la catedral. En La Protectora se reunían los poetas del grupo Trilce de la Poesía, entre ellos Enrique Valdés, Omar Lara, Eduardo Hunter y Delia Domínguez quien señala: “No sé por qué se llamaba La Protectora. Jamás pregunté. Simplemente decían: ‘Juntémonos en la Protectora’ y todos ya sabíamos dónde era. Aho-

ra que lo pienso, debí haber preguntado... Quizás era la Protectora de la Infancia... ¡o de Animales...! ¡qué horror! Pero no lo creo... Tampoco creo que haya sido referencia a una santa, porque corría bastante vino...”.

## El Café Hoeffelmaier de Osorno

El clásico café de Osorno fue el Café Hoeffelmaier de la calle Ramírez, de tradición alemana, fundado en la década del 30 por la familia alemana Hoeffelmaier vecindada en la zona. Aquí servían el clásico café vienés. Su decoración era típicamente alemana, con cortinillas de tul y cenefas de crochet, predominando el uso de la madera natural. Siempre había orquesta con música clásica.

Aquí se celebraban los cumpleaños, los bailes y las citas. Eran famosos sus pasteles, el clásico chocolate con leche para las tardes de lluvia, las tortas y en general toda la pastelería alemana de mejor clase.

Iban al Café el periodista Caupolicán Montaldo que era poeta y director del diario *La Prensa*, el pintor español José Rodríguez y Pablo Burgos que era director de la Radio Sago, de la Sociedad Agrícola y Ganadera.

La escritora Delia Domínguez, que vive en Osorno, en el fundo de Santa Amelia de Tacamó, donde nace “la ruta de los rodondendros”, guarda entrañables recuerdos de esta amable confitería alemana por donde pasaron las tradicionales familias de la zona: los Piwonka, los Amthauer, los Keim o los Momberg.

## El Café Victoria de Osorno

En los bajos de la Radio Sago existía el famoso Café Victoria, en los años cincuenta, que funcionaba a la entrada del Teatro Osorno, ya desaparecido. Este Café, más bohemio, era frecuentado por los periodistas de la radio, universitarios y noctámbulos.

## El Café Central de Puerto Montt

Puerto Montt tiene el clásico Café Central, que anteriormente fue la Pastelería Alemana, donde aún hoy día se reúnen los escritores y periodistas del diario *El Llanquihue*. El Café Central ha man-

tenido el estilo de los viejos tiempos y en sus mesas es posible departir bebiendo una taza de café, mientras la escritora Antonieta Rodríguez nos habla de la poesía en Chaitén y de los paisajes lluviosos de las islas de Chiloé.

## El Café de estilo alemán del lago Llanquihue

Puerto Varas y los pequeños pueblos en torno al lago Llanquihue han tenido también sus Cafés impregnados de ese aroma azucarado de las tortas en estilo alemán. Los colonos procedentes de la Selva Negra dejaron su huella en estos recintos albísimos y pulcros que recuerdan Salzburgo o Munich. Aquí, escritores, violinistas y maestras beben el café acompañado de un *strudel* de manzana o de un *kuchen* de murras, murta o rosa mosqueto, mientras conversan de poesía o de música clásica, hojeando libros de versos o partituras que después estarán abiertas sobre el atril de una iglesia luterana en las Semanas Musicales de Frutillar.

La decoración de estos salones de té recuerda el ambiente de los Cafés bávaros, con muñecas aldeanas, cajas de chocolate, molinillos de viento, juguetes de cuerda y cajitas de música. Por lo general, se vende chocolate blanco, siguiendo la moda de las "casas de té" del lago Nahuel Huapi en Bariloche, Argentina.

Este estilo alemán de antiguos colonos se ha mantenido inalterable hasta el día de hoy en todos los pequeños pueblos que se encuentran en la ribera del lago Llanquihue, principalmente Ensenada, Puerto Varas y Frutillar.

En todos estos lugares se observa una arquitectura que combina elementos tradicionales germanos con rasgos propios de la zona sur del país como la construcción en madera. Los alemanes han aportado un sentido notable de la comodidad interior y de la pulcritud de los ambientes. Esto se observa en los pisos lustrosos, en la sobriedad de los alhajamientos y en el extraordinario cuidado de los jardines y ventanales con macetas de petunias y pensamientos.

En los últimos años se ha acentuado este rasgo y las familias descendientes de los antiguos colonos han agudizado aún más sus características propias, enfatizando el arte de la repostería alemana, tan propio de la zona, aunque con los frutos del lugar, nombrados con la palabra inglesa *berries*. Así, los viajeros pueden degustar el *kuchen* de murtila, de murta, de murra o mora, de morón silvestre, de grosella, de frambuesa y de frutilla de donde se origina el nombre del principal balneario lacustre.

La riqueza de la repostería alemana es extraordinaria y se puede degustar en los numerosos Cafés y confiterías a la orilla del lago. Todas tienen ese encanto "alpino": manteles muy blancos, ribeteados a máquina, cortinas tejidas a crochet, cubertería impecable y variedades del *strudel* confeccionado con manzanas de Chiloé.

## El Café Frau Holle

En Frutillar está el Café Frau Holle que toma su nombre de un cuento de los hermanos Grimm. Y es que la casa parece extraída de un libro de hadas de la infancia, con su porche de madera, sus amplias habitaciones y sus chimeneas.

Por todas partes se encuentran muñecas o enanos decorando las ventanas o los jardines. Y en cualquier casa con molino de agua se ofrece hospedaje familiar al estilo alemán incluyendo desayunos con torta austríaca *Sacher*, *waffles* o *Pflaum Klösse*. También hay un verdadero culto a las mermeladas caseras y todo lo que se lleva el viajero de *souvenir* de tan alemanísimo lugar es un frasco de dulce de ciruela o una botella de jarabe de mora o de rosa mosqueta.

## El Café Salzburgo de Frutillar

Un Café clásico de Frutillar es el Café del Hotel Salzburgo. Su característica reside en que el visitante puede tomar las tradicionales "onces" sureñas en una auténtica casona de una familia alemana. El salón tiene hermosas decoraciones pintadas en el cielo raso con motivos campesinos. Sentados en una mesa, es posible ver el lago Llanquihue a través de los ventanales, escuchando música clásica, mientras se agitan los rododendros.

Todo al estilo alemán, incluido el café completo que incluye una gran porción de torta *Schwarzwald* (Selva Negra), *scones*, *sandwichs* de jamón y queso, jugos de fruta natural, preferentemente de frambuesa, kuchen de murta, bandeja de pepinillos, fuente con cecinas del sur, pasteles y galletas recién horneadas. Una taza de café en el Hotel Salzburgo de Frutillar es verdaderamente una experiencia cultural.

## Café Haase de Puerto Octay

En las riberas del lago Llanquihue está el pequeño pueblo lacustre de Puerto Octay en donde vivió el pintor francés Gustavo

Etcheberry. Tan bellos son estos parajes y tan inspiradores para los artistas que actualmente tiene casa frente al volcán el pintor Claudio Bravo.



*Ambiente de Puerto Octay frente al volcán Osorno.*

Allí está la célebre Hostería Alemana Centinela atendida por la señorita Frieda Haase en donde estuvo pernoctando en 1931 el Príncipe de Gales, futuro rey Eduardo VIII. “Me pidió prestado un *pencil*” dice la señorita Frieda, casi octogenaria, con su característico acento alemán, ajustándose un pinche en la canosa cabellera. Luego agrega: “Tenemos dormitorio de verano y dormitorios de invierno. Claro que en invierno vienen muy pocos pasajeros. A veces quedamos aislados”.

La Hostería de Frau Hasse tiene buen café al estilo alemán, con *strudel* de manzanas y *kuchen* de murta. Considerada la primera casa de veraneo en los lagos del sur, la casona de Frau Hasse, fue construida en 1913 por el arquitecto Tursken. La decoración y mobiliario originales son de E. Bierbrach. Sus propietarios iniciales fueron los conocidos hombres públicos Luis Izquierdo, Luis Barceló y Alberto Edwards.

Actualmente la señorita Haase es la dueña, telefonista, recepcionista y cocinera del singular hotel atendido por ella misma. Sirve las mesas de los pocos comensales y ciñe vestido largo de terciopelo por las noches cuando enciende las velas de los candelabros y toca *lieds* de Schumann al piano. Todo un encanto antiguo y alemán, con una taza de café fragante junto al lago Llanquihue.

## Café Ricer de Coyhaique

Hasta en la Patagonia, en Coyhaique, al sur del mundo, perviven el Café Oriente y el Café y Restaurant Histórico Ricer, frente a la plaza, donde en medio de objetos recopilados del tiempo de los pioneros, es posible hallar escritores o al menos sus libros, entre ellos, los del narrador Enrique Valdés, oriundo de La Trapananda. Aquí suele venir el poeta Óscar Aleuy que ha investigado en torno a la época de los pioneros y ha difundido los valores de la zona a través de programas radiales de la zona.



*Joven vestido de militar disfrutando  
una reconfortante taza de café humeante.  
Collage del autor.*